

# De la tragedia al mito: el matricidio simbólico

MARIO SUÁREZ SIMICH

Los dramaturgos griegos recrearon a los personajes de su mitología otorgándoles la profunda dimensión humana de la que carecían en los mitos originales. El teatro griego es el resultado del tránsito del mito a la tragedia como género; en este trayecto, la etérea divinidad de dioses y héroes va a terminar encarnándose en personajes de una rica y compleja psicología, de manera tal que el Edipo del mito es diferente al Edipo de Sófocles como lo es la Medea del mito de la Medea de Eurípides.

De manera similar, pero en sentido inverso, ha sido el tránsito realizado por Juan Carlos Ubilluz en la gesta de la novela *No tengo nada que ver con eso*. El autor parte de una tragedia: el matricidio perpetrado por una joven muchacha limeña en el año 2005, hecho que tuvo una gran repercusión mediática y gran impacto social para, desde esa tragedia, proponernos un mito que encaje en el contexto social actual.

Los mitos, como textos sagrados, no necesitan de la profundidad psicológica de sus personajes porque su discurso tiene otro objetivo y una sola interpretación al ser decodificado por los iniciados. Cuando Yavhé ordena a Abraham sacrificar a su único hijo, Isaac, no interesa el drama del padre, ni lo que pueda sentir el hijo ante esa adversidad; importa la obediencia y sujeción sin cuestionamientos de ambos a la voluntad divina. Para el mensaje «Dios exige obediencia absoluta, Dios no aprueba los sacrificios humanos», el drama singular de los personajes resulta irrelevante.

De los hechos que llevaron a una hija al asesinato de su madre, los medios difundieron diferentes hipótesis, especularon y aprovecharon el morbo para crear una ficción; sobre esa ficción, algunos especialistas hicieron diagnósticos y, sobre esos diagnósticos, se asumieron diferentes conjeturas. Se habló, en suma, del drama personal de los implicados en la tragedia. El autor ha ido eliminando conjeturas, reduciendo a lo largo de la novela a los personajes a una mínima expresión, a una esencia que le permite convertirlos en símbolos de un mito que explica lo sucedido y que permite proyectar ese mito al conjunto de la sociedad.

Desde un primer momento, los personajes carecen de nombres propios. Solo son La Chica, El Padre, El Hermano o La Madre. Viven en la zona pudiente de «un



## No tengo nada que ver con eso

Juan Carlos Ubilluz  
Reservoir Books  
Lima, 2017  
248 pp.

distrito pobre, pero emergente» (p. 102). Del mismo modo, el drama vital y singular de cada uno de ellos, y que confluye en el matricidio, va reduciéndose cada vez más a lo largo del texto. La Madre, por ejemplo, una mujer trabajadora y sin estudios superiores —quien financia con su esfuerzo la carrera de El Padre— que está ligada al papel tradicional de la mujer en el hogar y regida por una moral social y sexual también tradicionales, acaba asumiéndose como un «Ladrillo». A ella se opone La Chica, una mujer con educación superior que no solo asume como propios los cambios en las costumbres sociales y sexuales de su generación, sino que además adopta la visión «masculina» de El Padre (El «Yo soy», «Yo quiero») respecto al progreso económico y social. Madre e hija están así en total oposición. Esta situación genera un «odio» que el narrador define: «no era un odio cualquiera, era un odio de raíz, un odio en que estaba en juego la razón de ser» (p. 185).

Desde la perspectiva femenina, en lo único que La Madre y La Chica coinciden, es que lo masculino se encuentra devaluado o es inexistente: «Su madre tenía razón, no hay hombres en este mundo» (p. 161); a los ojos de La Chica, su hermano, que

carece de la ambición masculina que ella ha asumido del padre, «no era tonto, ni iluso, solo raro. Parecía haber nacido en otra casa, en otro país. Tenía suerte de que no le hicieran bullying en el colegio» (p. 160). Aunque para La Madre el hijo es la única esperanza que puede garantizar un futuro como ella lo imagina y cuyo modelo es el aprendizaje de su padre, su opinión es «Hoy ya no quedan hombres así» (p. 148). No es pues, según el autor, un supuesto complejo de Electra el factor desencadenante del crimen. La única atracción que existe no es de carácter sexual y es solo de El Padre hacia La Chica (ella lo ve como un «medio» para llegar a su meta) porque ve en la hija la ambición que lo ha llevado hasta donde está; por eso, es que su principal preocupación es que la educación de La Madre castre esa ambición.

Al interior del texto, la oposición entre ambos «modelos» femeninos se apoya en la utilización del discurso de las telenovelas, ya que estas atestiguan y difunden un cambio de rol en la precepción de lo femenino como algo «asumido» al interior de la sociedad: «Si antes la cámara se deleitaba en la disposición dulce de la bella heroína, hoy se estremecía con el cuerpo excitante de la villana» (p. 170). Ese odio, que nace de la «razón de ser»/lo no personal, trasciende y lo excluye del ámbito de lo singular para convertirse en algo general, en un odio capaz de generarse dentro de unas mismas condiciones que son comunes y existentes entre muchas Madres y muchas Chicas en el espectro social, por lo que el enfrentamiento entre lo que simboliza el «ladrillo» y la «villana» resulta inevitable; está en juego su propia existencia. Así enfrentadas, solo puede sobrevivir una (es lo que «está en juego»). Fiel a su rol de mártir/generosa, es La Madre la que incita a La Chica para que la asesine; es más, ella se infiere los primeros cortes hasta que la hija, reprochándole todo lo que ella es y la madre no, termina por asestarle 65 puñaladas que materializan ese odio. El «nuevo femenino» mata de manera simbólica al «viejo femenino» para asentarse plenamente.

La novela finaliza con un capítulo titulado «Voces» que bien puede recordarnos los coros de la tragedia griega en donde El Padre/lo masculino, orgulloso, acaba «reconociendo» y (tal vez) justificando a La Chica con estas palabras: «Esa es mi hija» (p. 245).